

Capítulo 1

No puedo creer que me encuentre de nuevo en esta carretera llena de curvas que deja atrás el lago donde los abedules blancos se están muriendo, la enfermedad se va extendiendo desde el sur, y en el que observo que ahora alquilan hidroaviones. Sin embargo, esto sigue estando cerca de los límites de la ciudad; no la hemos atravesado, se ha agrandado lo suficiente como para tener una carretera de circunvalación, eso es tener éxito.

Nunca la había considerado una ciudad, sino como un punto de referencia, dependiendo de la dirección en que fuéramos; un amontonamiento de cobertizos y de casetas y una calle principal con un cine, el itz, el oyal, la R roja fundida, y dos restaurantes en los que se servían las mismas hamburguesas grisáceas cubiertas de salsa fangosa y guisantes de lata aguados y pálidos como ojos de pez, con patatas fritas empapadas de grasa. Pide un huevo escalfado, decía mi madre; por los bordes podrás saber si está fresco.

En uno de esos restaurantes, mi hermano, antes de que yo naciera, se metió debajo de la mesa y deslizó las manos de arriba abajo por las piernas de la camarera que nos servía la comida; esto ocurría durante la guerra, y ella llevaba medias de rayón naranja brillante; él nunca las había visto, mi madre no llevaba de esas. Otro año, atravesamos corriendo una acera, descalzos sobre la nieve, porque no teníamos zapatos, los habíamos roto durante el verano. Esa vez íbamos sentados en el coche con los pies envueltos en mantas, fingiendo estar heridos. Mi hermano decía que los alemanes nos habían volado los pies a tiros.

Pero ahora voy en otro coche, el de David y Anna; un monstruo pesado, adornado con aletas y rayas cromadas, que ha sobrevivido los últimos diez años. David tiene que meter la mano debajo del salpicadero para encender los faros. Dice que no pueden comprarse uno más nuevo, lo que probablemente es falso. Es un buen conductor, lo reconozco; a pesar de ello, apoyo la mano de fuera en la puerta para agarrarme y poder salir deprisa si hace falta. Ya he ido otras veces con ellos en el mismo coche, pero en esta carretera no estamos tan a gusto; alguien ocupa un lugar equivocado, o ellos tres o yo.

Voy en el asiento trasero con las mochilas; él, Joe, va sentado a mi lado mascando chicle y cogiéndome la mano, dos cosas que ayudan a pasar el rato. Examinó la mano: la palma es ancha, los dedos cortos se contraen y se relajan, juegan con mi anillo de oro

y le dan vueltas, es un gesto típico de él. Tiene manos de campesino, yo pies de campesina, eso nos dijo Anna. Ahora todo el mundo sabe hacer algo de magia; ella lee la mano en las fiestas, dice que sustituye a la conversación.

Cuando examinó la mía me preguntó:

—¿Tienes un hermano gemelo?

Respondí que no.

—¿Estás segura? —dijo—, porque algunas líneas las tienes dobles.

Las recorrió con el dedo índice:

—Tuviste una infancia feliz, pero aquí hay un corte raro.

Arrugó la frente y yo le manifesté que sólo quería saber si iba a llegar a vieja, lo demás se lo podía saltar. Después nos dijo que las manos de Joe inspiraban confianza, pero carecían de sensibilidad, y yo me reí, lo cual fue un error.

De perfil, él parece el búfalo reproducido en la moneda americana de cinco centavos, greñudo y chato de hocico, con ojos pequeños apretados y el aspecto indómito, pero también demencial, de una especie de toro en otro tiempo dominante y hoy en peligro de extinción. Así se considera destronado injustamente. En secreto, le gustaría que crearan una especie de parque para él, como un refugio para pájaros. Maravilloso Joe.

Advierte que lo estoy mirando y me suelta la mano. Luego se saca el chicle, lo envuelve en el papel plateado, lo mete en el cenicero y se cruza de brazos. Eso

quiere decir que no tengo que observarlo. Miro hacia delante.

En las primeras horas de viaje avanzamos por una región de colinas lisas esmaltadas de vacas, árboles frondosos y esqueletos de olmos muertos, después entramos en la zona de coníferas y de tajos dinamitados en el granito gris y rosa, de endebles albergues para turistas y de carteles que indican LA PUERTA DEL NORTE; cuatro ciudades al menos proclaman serlo. El futuro está en el Norte fue, en otro tiempo, un eslogan político; cuando mi padre lo oyó, declaró que en el Norte sólo existía, y no mucho, el pasado. Esté donde esté ahora, vivo o muerto, cosa que nadie sabe, ya no se dedica a hacer epigramas. No tienen derecho a envejecer. Envidio a las personas cuyos padres han muerto jóvenes; es más fácil recordarlos, permanecen sin haber cambiado. Yo estaba segura de que los míos se iban a quedar igual, podía irme y regresar mucho después y nada habría cambiado. Para mí era como si estuvieran viviendo en otro tiempo, dedicados a sus quehaceres, encerrados y seguros tras una pared translúcida como la gelatina, mamuts congelados en un glaciar. Lo único que tendría que hacer sería regresar cuando estuviera dispuesta, pero no hacía más que posponer ese momento, tendría que dar demasiadas explicaciones.

Estamos atravesando por el desvío que conduce a la fosa que excavaron los americanos. Desde aquí parece una cuesta inocente, cubierta de abetos, pero los

gruesos cables eléctricos que atraviesan el bosque la delatan. Me habían dicho que se habían marchado, quizá se tratara de una artimaña; podían perfectamente continuar viviendo ahí dentro, los generales en los búnkers de cemento y los soldados rasos en apartamentos subterráneos con las luces siempre encendidas. No hay manera de comprobarlo porque no nos dejan entrar. La ciudad les invitó a quedarse, eran un buen negocio, bebían mucho.

—Ahí están los misiles —digo.

Estaban. No lo corrijo.

David dice: «Malditos cerdos yanquis fascistas», como si estuviera hablando del tiempo.

Anna no dice nada. Su cabeza reposa en el respaldo del asiento, las puntas de su fino pelo se alborotan por la corriente de la ventana lateral que no se cierra bien. Antes había cantado varias veces *La casa del sol naciente* y *Lili Marlene*; intentaba poner una voz gutural y profunda, pero le salía parecida a la de un niño ronco. David puso la radio, pero no encontraba nada, estábamos entre dos emisoras. Cuando ella iba por la mitad de *St. Louis Blues*, él empezó a silbar y ella paró. Es mi mejor amiga; la conozco desde hace dos meses.

Me inclino hacia delante y le digo a David:

—La casa de las botellas está a la izquierda, después de la primera curva.

Él asiente, con una inclinación de la cabeza, y conduce más despacio.

Ya se lo he dicho antes, supongo que es el tipo de objeto que puede interesarles. Están rodando una película, Joe se encarga de la cámara; no lo ha hecho nunca, pero, como dice David, son los nuevos hombres del Renacimiento, aprenden por sus propios medios lo que necesitan saber. Ha sido, sobre todo, una idea de David, que se considera el director: ya tienen asignados los créditos. Quiere efectuar tomas de las cosas que vayan apareciendo, muestras tomadas al azar las llama; ése va a ser también el título de la película: *Muestras tomadas al azar*. Cuando se les acaben los rollos de película (es todo lo que han podido permitirse; y la cámara es alquilada), van a ver lo que han conseguido y a reorganizarlo.

—¿Cómo puedes decidir lo que quieres filmar si no sabes de qué trata la película? —pregunté a David cuando estaba describiéndola.

Me lanzó una de sus miradas de iniciado a novato.

—Si cierras así tu mente, lo estropearás todo —dijo—. Tienes que dejarla fluir.

Anna, que preparaba café junto al hornillo, dijo que todas las personas a las que conocía estaban haciendo una película, y David respondió que qué coño, que ése no era un motivo para que él fuera una excepción. Ella se excusó: «Tienes razón, perdona». Pero se ríe de la película a sus espaldas, la llama *Costras tomadas al azar*.

La casa está hecha con botellas de refrescos pegadas con cemento y con los culos verdes y marrones hacia fuera, colocadas en zigzag como los adornos que

nos mostraban en el colegio para dibujar encima de las tiendas de campaña de los indios; alrededor tiene una valla hecha también de botellas, las marrones forman las letras de VILLA BOTELLA.

—Cojonudo —dice David.

Y se bajan del coche con la cámara.

Anna y yo los seguimos; nos desperezamos, y Anna enciende un cigarrillo. Lleva una túnica morada y un pantalón blanco de campana, que se ha manchado con el lubricante del coche. Le dije que sería mejor que se pusiera vaqueros o algo así, pero cree que la hacen parecer gorda.

—¿Quién lo habrá hecho?, Dios, ¡qué cantidad de trabajo! —exclama ella.

Pero yo no sé nada de la casa, excepto que lleva ahí toda la vida, en medio de un pantano de abetos negros enmarañados que la hacen aún más inverosímil, monumento insensato a algún exiliado extraño o quizá a un recluso voluntario, como mi padre, que hubiera elegido este pantano por ser el único lugar en el que puede realizar su sueño de toda la vida, vivir en una casa hecha de botellas.

Dentro de la valla hay un intento de césped ribeteado con matas de caléndulas naranja.

—Genial —dice David—. Chulísimo.

Rodea con el brazo a Anna y la abraza durante un instante para demostrarle su alegría, como si ella misma fuera en parte responsable de Villa Botella. Volvemos a meternos en el coche.

Miro las ventanas laterales como si fueran una pantalla de televisión. No hay nada de lo que pueda acordarme antes de llegar a la frontera, indicada con un cartel que lleva la inscripción BIENVENUE¹ por un lado y WELCOME por el otro. El cartel tiene marcas de balas y los bordes oxidados de rojo. Siempre los ha tenido así; en otoño los cazadores lo utilizan para hacer prácticas de tiro; por muchas veces que lo cambien o pinten, las marcas vuelven a aparecer, como si se rigieran por una especie de lógica interna o por una infección, como moho o forúnculos.

Joe quiere filmar el cartel, pero David dice: «¿Para qué?».

Ahora estamos en mi propia tierra, en territorio extranjero. Se me agarrota la garganta, como me pasa desde que descubrí que la gente podía pronunciar palabras que entraban en mis oídos desprovistas de sentido. Ser sordomuda resultaría más fácil. Esas tarjetas que te enseñan con el alfabeto manual cuando quieren una moneda de veinticinco centavos. Aun así, habría que aprender a deletrearlo.

El primer olor es el del aserradero, del serrín, hay montículos en el almacén junto a las tablas de madera apiladas. La madera para pasta de papel se destina a otro lugar, al molino de papel. Los troncos más

¹ Canadá es un país donde coexisten oficialmente el francés y el inglés. Manteniendo las palabras que aparecen en francés en el original, algunas con errores ortográficos, se incluye un breve glosario de términos franceses al final del libro. [*N. de la T.*]

grandes quedan aprisionados en una barrera flotante en el río formando un anillo encadenado que entrechoca con los troncos que quedan libres dentro. Así, llevados por la corriente, avanzan por el río, metiendo un estruendo infernal, hasta el aserradero. Eso no ha cambiado. El coche pasa por debajo y, después de subir por una curva, entra en la diminuta ciudad manufacturera, bien organizada, con parterres y una fuente del siglo XVIII en el centro, delfines de piedra y un querubín al que le falta una parte de la cara. Parece una imitación pero quizá sea auténtica.

Anna dice:

—¡Hala, qué fuente tan grande!

—Todo este tinglado tiene que ver con la compañía —digo yo.

Y David dice:

—Malditos cabrones capitalistas —y empieza a silbar otra vez.

Le digo que gire a la derecha, y gira. La carretera debería estar aquí, pero en su lugar hay un cartel ajedrezado con abolladuras. El camino está cortado.

—¿Y ahora qué? —dice David.

No hemos traído un mapa porque estaba segura de que no lo íbamos a necesitar.

—Voy a tener que preguntar —digo.

Así que él da marcha atrás y avanzamos por la calle principal hasta que llegamos a la tienda de la esquina, con los típicos caramelos y revistas.

—Se refiere usted a la carretera antigua —dice la mujer, que sólo tiene un ligero acento—. Lleva años cortada; ahora tienen que utilizar la nueva.

Pido cuatro cucuruchos de helado de vainilla porque se supone que para poder preguntar hay que comprar algo. La mujer hunde la cuchara en el cilindro de cartón. Antes, el helado venía envuelto en unos papeles que se quitaban como una corteza, y los tronquitos cremosos se metían en los cucuruchos con el dedo pulgar. Pero este sistema ha debido de quedarse anticuado.

Vuelvo al coche y explico a David por dónde se va. Joe dice que le gusta más el chocolate.

Nada es como antes. Ya no conozco el camino. Deslizo la lengua por el helado, intentando concentrarme en él —ahora le ponen algas—, pero estoy empezando a temblar. ¿Por qué han hecho una nueva carretera? Deberían haberlo impedido. Quiero dar media vuelta y volver a la ciudad y no descubrir nunca lo que ha pasado. Me voy a poner a llorar, pero eso sería horrible; ninguno de ellos sabría qué hacer y yo tampoco. Muerdo el cucurucho y durante un instante no siento nada más que el dolor afilado como un cuchillo que me invade por un lado de la cara. Anestesia: he ahí una técnica; si te duele algo, invéntate otro dolor distinto. Ya estoy bien.

David termina su helado, tira la punta con sabor a cartón por la ventanilla y arranca el coche. Pasamos por una parte que le ha crecido a la ciudad desde la úl-

tima vez que estuve aquí, con bungalós cuadrados recién contruidos, iguales que los de la ciudad, excepto por el ribete rosa y azul pastel, y más allá unas cuantas casetas oblongas de cartón alquitranado y tablones desnudos. Un grupo de niños juega en el barro húmedo que sustituye a los jardines de césped; la mayoría de ellos van vestidos con ropas demasiado grandes que les hacen parecer atrofiados.

—Deben de follar mucho aquí —dice Anna—; apuesto a que es por lo de la Iglesia². —Después dice—: ¿A que soy tremenda?

David dice:

—El auténtico Norte fuerte y libre.

Más allá de las casas, dos niños mayores, con rostros cetrinos, ofrecen latas a los coches. Frambuesas quizá.

Llegamos a la gasolinera donde la mujer ha dicho que giremos a la izquierda y David da un gruñido de alegría: «Por Dios, mira eso». Y se bajan en tropel como si lo que han visto se les fuera a escapar si no se dan prisa. Lo que ha atraído su atención son tres alces disecados que hay en una tarima junto a los surtidores: llevan trajes y están levantados sobre las patas traseras; un padre alce con una trinchera y una pipa en la boca, una madre alce con un vestido estampado y un sombrero de flores y un niño alce con pantalones

² Se refiere a la Iglesia católica. Aproximadamente una tercera parte de la población canadiense es católica. [*N. de la T.*]

cortos, un jersey a rayas y una gorra de béisbol, agitando una bandera americana.

Anna y yo les seguimos. Me acerco a David por detrás y le digo:

—¿No necesitas gasolina?

No debería aprovecharse de los alces sin pagar; son como los aseos, están aquí para atraer a los clientes.

—¡Uy, mira! —dice Anna llevándose una mano a la boca—, hay otro en el tejado.

Y lo hay; una niña alce que lleva una falda de volantes, una peluca rubia con coletas y una sombrilla roja en la pezuña. La filman también. El dueño de la gasolinera, en camiseta tras el cristal de su garita, nos mira receloso a través de una capa de polvo.

Cuando volvemos al coche digo como si me estuviera defendiendo:

—Ésos no estaban ahí antes.

La cabeza de Anna se gira; mi voz debe de sonar rara.

—¿Antes de qué? —dice.

La carretera nueva es lisa y recta, con carriles separados por una línea en medio. Ya está empezando a tener sus señas de identidad: unos cuantos anuncios, un crucifijo en el arcén con un Cristo de madera que tiene las costillas marcadas: el dios ajeno, tan misterioso para mí como siempre. A sus pies hay un par de frascos de mermelada con flores, margaritas y vellosillas rojas y blancas, que se pueden secar, minutisas, siempre vivas; debe de haber habido ahí un accidente de coche.

A intervalos nos atraviesa la carretera antigua; era de tierra, llena de baches y socavones, y se adaptaba al paisaje, subiendo y bajando las colinas y rodeando las cuestas y rocas. Ellos siempre la recorrían lo más deprisa posible, su padre conocía cada centímetro y era capaz de seguirla (según decía) con los ojos cerrados, que era lo que muchas veces parecían estar haciendo, traqueteando al pasar las señales que decían PETITE VITASSE y cayendo en picado al bajar las cuestas, como si fueran ascensores, y rozando los acantilados al pasar, GARDEZ LE DROIT, con grandes bocinazos; los demás, agarrotados dentro del coche, se mareaban más y más a pesar de los caramelos Lifesavers³ que les repartía su madre, y finalmente vomitaban agotados en la cuneta de la carretera, sobre ásteres azules y adelfillas rosa, si lograba parar a tiempo, o por la ventana del coche si no lo conseguía, o en bolsas de papel —preveía las emergencias— si tenía prisa y se negaba a parar.

Esto no funciona. No puedo llamarles «ellos» como si fueran la familia de otra persona: tengo que evitar contar esa historia. Pero a pesar de todo, ver la carretera antigua serpenteando a lo lejos entre los árboles (sus surcos y rastros, invadidos ya por la hierba y los árboles jóvenes, pronto habrán desaparecido) me impulsa a meter la mano en el bolso para sacar los

³ «Lifesaver», literalmente «salvavidas» en inglés, es el nombre comercial de unos caramelos de sabores variados y con forma de flotador enormemente populares en América del Norte. En España su equivalente fueron los caramelos de la marca «Chimos». [*N. de la T.*]

Lifesavers que he traído. Pero ya no hacen falta, a pesar de que la carretera nueva pasa del asfalto a la grava («Han debido elegir al tío equivocado en las últimas elecciones», bromea David) y de que el olor familiar a polvo de carretera que humea detrás y alrededor de nosotros se mezcla con el olor a gasolina y tapicería del coche.

—Creía que habías dicho que esta parte iba a estar mal —dice David por encima de su hombro—; no es para tanto.

Ya estamos casi en el pueblo. Las dos carreteras se unen aquí, pero ampliadas —roca dinamitada, árboles derribados con una excavadora, raíces al aire, agujas de pino enrojecidas—, más allá del muro liso de roca donde pintan eslóganes electorales y los vuelven a pintar, unos borrosos y desfigurados, otros de color amarillo y blanco reciente, VOTEZ GODET, VOTEZ OBRIEN, junto a corazones, iniciales, palabras y anuncios, THÉ SALADA, CASAS DE CAMPO BLUE MOON A 1/2 MILLA, QUÉBEC LIBRE, JÓDETE, BUVEZ COCA COLA GLACÉ, JESÚS TE SALVA; una mezcolanza de peticiones e idiomas; su radiografía revelaría la historia completa de la región.

Pero han hecho trampa; llegamos demasiado pronto y me siento despojada de algo, como si, para tener acceso pleno a este lugar, me fuera necesario sufrir; como si el lago, que percibimos ahora, de una calma y un azul redentores, debiera ser visto, la primera vez, a través de las lágrimas y de una neblina de vómito.